

Como notas dominantes de la personalidad del maestro, C. Flores destaca el tesón y la capacidad de entrega en su trabajo, y el sentido trágico de la vida que mostraba con su valoración del sacrificio; era un convencido de que sin sacrificio ninguna acción podía considerarse meritoria. Este mismo autor comenta que ahora que está en juego el proceso de beatificación, sería un momento oportuno para llevar a cabo un estudio profundo y desapasionado de su compleja personalidad desde los campos de la psicología y de la psiquiatría, contribuyendo así a un mejor entendimiento no sólo de su talante humano, sino incluso de su arquitectura.

Una faceta de Gaudí que ninguno de sus estudiosos aparcen es la religiosa. De la primera juventud destacan su abierta postura anticlerical; de la juventud apuntan su vuelta a los valores católicos tradicionales, pero también su enganche a la masonería. Finalmente, de sus años de madurez resaltan su fervor místico y una clara obsesión por el pecado y la expiación.

Los descendientes de su Reus natal opinan que en su adolescencia las ideas religiosas no ocuparon un lugar importante, máxime cuando el ambiente general de la localidad tarraconense se significaba desde hacía tiempo por sus ideas radicales en lo político y el predominio de un cierto laicismo. Paisanos próximos recuerdan la asistencia de Gaudí a tertulias de «anticlericales rabiosos», y le definen como tan apasionadamente anticatólico que no vacilaba en acudir con otros amigos a las puertas de las iglesias para increpar y calificar de *llanuts* (borregos) a los fieles que salían de ellas. Se supone que nuestro personaje fue abandonando progresivamente tan marcado anticlericalismo hacia el año 1882, bajo la influencia de su maestro y protector el arquitecto Joan Martorell. Un punto de referencia claro de su aproximación a la Iglesia Católica es el número de encargos cada vez mayor de trabajos por parte de sacerdotes y congregaciones religiosas. Cualquiera que posea un mínimo conocimiento de cómo se hallaba estructurada la sociedad española de la época, deduce que, no sólo a un anticatólico militante con veleidades políticas de izquierda, sino incluso a un simple y moderado librepensador, la jerarquía eclesiástica y las órdenes religiosas no le confiaban así como así la realización de sus templos y conventos. «En 1883 parece evidente –según Flores– que Gaudí había iniciado una etapa de su vida en la que muchos de sus criterios y convicciones habían cambiado, encauzándose aquellas pasadas inquietudes relacionadas con la situación del proletariado, a través de un «humanismo cristiano» más en consonancia con el ideario y la mentalidad de sus nuevos clientes». Sin embargo, hay investigadores que afirman que hacia 1900 Gaudí pertenece a la masonería. José M.^a Carandell, por ejemplo, no duda en descubrir en él «una parte claramente católica y otra de pensamiento y terminología

indudablemente masónica». Dice que es en el Parque Güell, donde de forma más contundente se recogen unos pocos aspectos católicos, mientras que la mayoría son masónicos. «Podemos recordar –especifica– algunos de ellos: la calle con acacias; los siete portales de la muralla de rodea el parque; los tres grupos de arcadas; la cruz de cuatro brazos, el hecho de que las tres únicas casas que hay en el recinto –de Güell, de Trías y de Gaudí– estén situadas en un triángulo que forma ángulo recto justo en la casa de Gaudí; o la rara capilla herméticamente cerrada que tiene encima una especie de calvario con dos de las cruces aparentemente cristianas, pero de cresta masónica, y la tercera que no es una cruz sino una flecha dirigida al cielo».

«¿Cómo afirmar entonces que Gaudí es católico si antes y después de su supuesta conversión utiliza símbolos masónicos?» –se pregunta Carandell–, y de inmediato añade que la simbología gaudiniana, en la fachada del templo de la Sagrada Familia construida por él a caballo de los siglos XIX y XX, tiene la sagaz peculiaridad de servir tanto para el cristiano como para la orden de Hiram: el pelícano, el árbol de la vida, la Tau, y sobre todo el zodiaco, con sus animales simbólicos. «Gaudí –concluye– sería en todo caso católico por fuera y masón por dentro».

Llegada su edad madura y la etapa final de su vida, es interesante la síntesis que hace J. J. Navarro Arisa, aunque puede ser que se pase de duro al juzgarle: «Tal vez el enigma y la paradoja más fascinantes de la vida y la obra de Gaudí radiquen en el contraste entre su evolución creadora y su carácter personal. A medida que su arquitectura se hacía más libre, rica, innovadora y universal, su personalidad abierta y sociable de la juventud y primera madurez cedió paso a un carácter cada vez más irascible, huraño y obsesionado con el pecado y la expiación. Asimismo, el fervor místico de Gaudí contrastaba vivamente con sus arrebatos de frustración por no haber alcanzado el reconocimiento que esperaba. Tal vez fuese esa pulsión egoísta la que lo llenara de culpa, o tal vez se tratara simplemente de angustia entre la tarea titánica que se había impuesto desde los inicios de su carrera: ni más ni menos que interpretar y continuar la creación del Dios en el que creía, antes que nada, como Supremo Arquitecto».

Pienso que ya no podemos avanzar más en nuestros comentarios sin aludir a su gran obra de la Sagrada Familia, proyecto al que se incorpora en 1884 y que representará una tarea para todo lo que le quede de vida. Se trata de una obra «autobiográfica», en la que el arquitecto se irá implicando de forma cada vez más profunda. Su idea central es que con ella quiere superar el estilo gótico al que considera imperfecto y que se encuentra a medio resolver. «No ofrece –dice– una total unidad: la estructura no se

funde con la decoración que la viste; esta decoración es completamente portiza y podría suprimirse sin que la obra se resintiera». Mientras se esfuerza en este empeño titánico, no cesa de trabajar en otros importantes encargos.

En los comienzos del siglo XX Gaudí lleva a cabo lo más personal e independiente de su obra. Es algo lógico si tenemos en cuenta que se encuentra en su plena madurez profesional. Por aquel entonces realiza el curiosísimo Parque Güell, en el que muestra una nueva visión estética (y que también viene a ser un auténtico desastre económico); lleva a cabo la Colonia Güell, cuya cripta es considerada la obra más impactante del expresionismo europeo; consigue con La Pedrera la síntesis de lo que su autor entiende por arquitectura total, al considerar que es mucho más que un edificio: espacio, estructura, construcción, forma, textura, solución de detalles, ideas estéticas, funcionalidad, organización y creación de símbolos, se encuentran reunidos en La Pedrera para representar la expresión más acabada de un pensamiento y de una filosofía. Se trata, en opinión de Flores, de «una summa de su cosmos a la vez unitario y poliédrico, tan complejo y torturado como también, en ocasiones, elemental y simple». Y así, la imparable marcha de creatividad del maestro continuará hasta el final de su vida en el año 1926. Desaparecido Gaudí, surge la polémica de qué hacer con su obra inacabada de la Sagrada Familia. Unos pocos, entre los que figuraban aquellos arquitectos que habían tenido con él un contacto directo y se consideraban, de alguna manera, depositarios de su legado, lucharon por la continuación del trabajo, mientras que un numeroso grupo de arquitectos jóvenes, liderados por Oriol Bohigas, eran partidarios de todo lo contrario. En este segundo bando se encontraba Carlos Flores, quien recuerda que batalló «por que esta “opera magna” gaudiniana fuera respetada, y por supuesto suspendida su continuación». Su criterio era que el mejor homenaje que podría tributársele al maestro hubiera sido el mantener su obra en la situación en que se encontraba en 1930, con los cuatro campanarios finalizados, y dejarla así, como una bella ruina. En la actualidad confiesa que aquel criterio ha cambiado del todo. «Aún sabiendo –escribe– que ha sido preciso abandonar aspectos básicos de la filosofía constructiva de Gaudí, una cosa es indiscutiblemente cierta: esta obra que se continúa siguiendo lo más fielmente posible un proyecto “congelado”, si se quiere, del Maestro, nos va a permitir experimentar de una forma real el espacio interior que él concibiera en un momento dado».

Entre las reflexiones que se hacen Flores y otros entendidos que están en su misma línea, es importante resaltar la convicción común de que Gaudí, aun con toda su genialidad y talento, hubiera sido incapaz de cul-

minar su basílica con la única ayuda de unos maestros de obra, una grúa pluma y una cuadrilla de albañiles. También me parece que es importante recordar que la crítica sobre la conveniencia o no de continuar construyendo el Templo ha servido para actuar con máximo rigor en todo lo que se ha ido investigando, y esto es lo que lleva al actual arquitecto de la Sagrada Familia a manifestar que «es posible ahora, con seguridad plena, construir el espacio interior imaginado por Gaudí, algo que se espera ver en poco tiempo». Y Jordi Bonet Armengol añade: «El día de San José del año 2007 se cumplirán 125 años de la colocación de la primera piedra. Nuestra ilusión sería poder celebrar esa fecha con la bendición del espacio interior terminado». A partir de ese 19 de marzo todos tendremos posibilidad de conocer y disfrutar un poco más a este gran arquitecto singular.



Antoni Gaudí: Escalera de campanario. Sagrada Familia. Barcelona